

Humberto Díaz Casanueva: el poeta y el hombre

En *Vigilia por dentro*, el segundo libro de Humberto Díaz Casanueva y que publicara en 1932, escribe el gran poeta chileno dos versos asombrosamente vaticinadores de lo que sería el sentido esencial de toda su poesía: «Este es el testimonio doliente del que no puede labrar sus formas puras / Porque se lo impide su ser hecho de peligros y cruel sobresalto». Aquí se liga ya, inextricablemente, la noción última del *ser* con la condición azarosa del *existir*, ofreciendo así una temprana formulación del fundamento ontológico-existencial, de signo dual y contrario (como muy en seguida diré) en que se asentará su pensamiento poético. A través de un lenguaje personalísimo que apura siempre, y hasta el máximo, las posibilidades todas de sus libertades imaginativas y verbales, Díaz Casanueva va enfrentando en su poesía, de modo continuo, conceptos e intuiciones de sentido opuesto y aun irreductible: el delirio y el dolor, el canto y el llanto, el jadeo y la fatiga, la abundancia y la pobreza; y ya con un alcance en rigor trascendente, la vida y la muerte, el ser y la nada. El mismo poeta, en su libro *La estatua de sal*, ha registrado una casi literal transcripción de esa indeludible antinomia esencial que define la existencia. Allí escribe: «Crece nuestra soledad bajo el almendro como la imagen mítica de una polaridad terrible. ¿Podrá el cantor tornar el instinto de la muerte en energía vital? ¡El debiera! ¡El debiera!»

Díaz Casanueva ha cumplido el deber de mirar cara a cara esa *polaridad terrible* —como la llama— del morir y el vivir, de la búsqueda del ser desde los fondos angustiosos del existir (que vale tanto como decir, desde la angustia de la nada). Y los resultados de ese mirar advienen al poema bajo apariencias textuales de una continuada y voraz calidad visionaria. No es ya el fulgor de la imagen brillante, pero desposeída de toda otra implicación que no sea su puro brillo o su sorpresa —y de aquí su rechazo de la imagen creacionista—, sino más propiamente la visión: ese sondeo último en lo aparentemente turbio e irracional, cuyos hallazgos son luego inscritos casi pictóricamente sobre la página, en calidad de entidades visibles, pero también palpables o tangibles, y que nos llaman desde allí como un signo sugeridor, abridor, inquietante y misterioso.

Y estas visiones no se quedan tampoco en el nítido relieve de su vivísima plasticidad, sino que se adensan de un sentido oculto y trascendente. Y este sentido remite hacia ese momento inefable y sugerente, fuente de la verdadera poesía, que es en rigor el nivel del símbolo: «esa etapa preliminar —y cito aquí textualmente a Díaz Casanueva— en que el pensamiento, sin lo pensado, y lo propiamente poético, surgen como hermanos siameses, inseparables; es decir, esa etapa previa en que el símbolo contiene, de manera conjunta, a la idea y la imagen».

Es así la de Díaz Casanueva una poesía que se ensaya como un intento de revelación del ser desde las contingencias inestables y precarias de lo temporal, en dramático e indolegable contrapunto. Una poesía que voluntariamente se acoge al frenesí, a lo insólito y a la embriaguez de lo dionisiaco —son términos repetidos por el autor para describir sus propias voliciones poéticas— y que por ello se resuelve en un lenguaje casi arborescente de visiones inéditas, sorprendentes y entrecortadas —cargadas siempre de un inagotable potencial simbólico—. Una poesía que busca la

luz, y que de modo misterioso la va alcanzando y perdiendo, por entre llamas de sombras, vértigos y alucinaciones.

Y esa poesía, la de Díaz Casanueva, suele ser descrita comúnmente bajo atributos que la relacionan, no sin *aparente* razón, con la metafísica; aunque en esto el autor suele ser más cauteloso y a la vez preciso, y prefiere más bien hablar, correctamente, a mi juicio, de «intuiciones mágicas y premetafísicas». Pareciera predominar en su obra el cumplimiento de la poesía como ejercicio de explotación ontológica, como un proceso creativo que algo descubre, y oculta a la vez, del misterio del ser; o, en sus propias palabras, como una epifanía de las «dimensiones misteriosas», las «inconmensurables energías» y «los milagros conmovedores» que pueden manifestarse en el hombre. Tal es indudablemente la meta más alta de la poesía, y así la ha descrito Díaz Casanueva (y reproduzco otra vez una afirmación suya): «A través del poema, el poeta desciende de la superficie de su ser, del discurso impersonal, a algo más profundo, a una iluminación cifrada, iluminación que tiene mucho de onírico, de visionario.» Poesía, pues, que se intenta —se intenta, al menos— como esclarecimiento de lo más hondo y misterioso y esencial del hombre.

Pero es una meta tan arriesgada, tan última, que sólo podrá alcanzar en términos confusos; es decir: nublados e irracionales, y por ello poéticos, que operan en contrapunto a esa plasticidad aludida de las propias visiones. Nunca el resultado adviene en nítidas líneas o categorías de pensamiento; nunca es traducido en formas puras que devuelvan certezas metafísicas absolutas, pues nos movemos en el terreno de la poesía y en el del discurso filosófico. Son intuiciones que abrasan, vislumbres que queman y desazonan, no ideas rigurosas que ofrezcan soporte y solución (esto es, que calmen al espíritu al colmar la razón). Que el poema arribe en seguida —y allí se mantenga siempre— a visiones sobrerreales, las cuales difícilmente podrían adscribirse a ninguna filosofía particular, no justifica asumir precipitadamente que estamos ante una «poesía filosófica». Y el poeta mismo lo ha aclarado certeramente cuando afirma: «Jamás he podido escribir con planes abstractos o ideas deliberadas.»

* * *

Hablé antes de esa dualidad interior que se da en el reducto estricto de su mundo poético. Pero hay otra dualidad en el *total* Díaz Casanueva —y aquí debo subrayar lo del *total*, porque incluye al hombre entero, y a sus más indomables convicciones humanistas y sociales. Al lado de su conciencia de la poesía como ejercicio órfico —y por ello secreto, ciego, casi críptico— se le ha impuesto, y voy ahora glosándole libremente (pero sin traicionar su pensamiento a este respecto), la nostalgia que siempre ha sentido por realizar su yo más en la comunicación que en la evasión, y su amor por la luz de lo real y su voluntad de participación en el drama del hombre sobre la tierra. Esa impecable lucidez moral (la cual suscribe fielmente su ejecutoria del hombre público, y de hombre integralmente bueno y honrado) ha acompañado siempre a Díaz Casanueva. Y a veces con dolor —pues tal lucidez se le ha presentado como un espejo inquietante, frente al cual rendir explicaciones. No han faltado ocasiones en que, a mi parecer, ese personal ajuste de cuentas ha sido excesivo, y ha

llegado en él muy lejos, hasta casi ser injusto consigo mismo. Pero razones le sobran cuando, hace aún muy poco, sostenía que «en esta época “menesterosa” el poeta debe ser un *revolucionario integral*».

Porque alguna vez, Díaz Casanueva, se ha reprochado el hecho de que su poesía no asume frontalmente el compromiso debido con su realidad histórica, y esto ha preocupado, hasta conturbarle, al hombre noblemente político —inevitablemente político— que hay en él. Sin embargo, un impulso decisivo de amplia solidaridad humana, sí lo ha sentido aún como uno de los incentivos que puede colmar el proceso de la creación poética. En su discurso de aceptación del Premio Nacional de Literatura de su país, Chile, que le fue concedido en 1971, nuestro autor adelantó estas ideas: «La poesía ha sido para mí un constante acecho en la sombra, como si fuera a salir de mí un hombre presentido, enigmático, *más libre, más solidario*, como si todo lo real proyectara una posibilidad que lo trasciende.» De todas sus definiciones de la poesía, tal vez sea ésta la más comprensiva por cuanto apunta, a un tiempo, a las más altas tensiones del espíritu: enfrentamiento al misterio y la revelación, conciencia ética de la libertad y la solidaridad conjugadas, y un agudo sentido prospectivo de lo humano integral. Y su palabra poética misma no ha sido ajena a ese movimiento de apertura hacia el otro, y de asunción de la realidad inmediata de la vida y el mundo —y esto casi siempre al final de sus libros—. Es como si al término de la búsqueda afiebrada de algún signo del ser, el empeño concluyese reclamándole su cuidado de aquellos que le acompañan en la ignorancia y el desvelo, y que son al cabo su única hacienda.

En un reciente ensayo mío, y allí con mayor espacio, he rastreado la recurrencia de este tema —o más bien, de este sentimiento o proyección—, el de la solidaridad, a todo lo largo de su obra. Sin embargo, y para que la cuestión no quede sólo apuntada y como en el aire, cedo a dar lectura aquí a dos breves fragmentos suyos, de esos más luminosos y abiertos que, como dije, nos reserva el poeta para el cierre de sus entregas. Primero, estas líneas que precisamente pertenecen al «Epílogo» de *El blasfemo coronado* (de 1940):

Comienzo a descubrir los otros hombres, sus diálogos sublimes, sus terribles estelas, ay hemos de vivir juntos, abrazarnos comiendo este pescado azul que la pesca efímera nos depara, no nos miremos ceñudos que el uno vuelve en el otro y en todos la misma fuerza para el vislumbre que el enigma de la existencia concede...

Y este otro pasaje, proyectado ahora a la realidad toda de la Creación y de los hombres, y que se da también ejemplarmente en el canto final de *La estatua de sal* (de 1947):

*He de caminar al encuentro de las cosas y los seres.
¡Reproducirlos!
¡El mundo! ¡El mundo!
De nuevo la luz asciende como un casco de bronce
Sobre el guerrero en corpulento caballo.
El topo deslumbrado abre las puertas
Y salgo en cuerpo y alma,*

*Avanzo hacia el coro.
¡Oh seno de la vida! ¡Oh velo arrancado!
¡Los vivos nos necesitan vivos!
¡Los muertos nos necesitan vivos!
¡El corazón aplacado coloca en sus huecos
Los ardientes corazones de los hombres!*

Y aún más: creo que Humberto Díaz Casanueva ha sido también un *revolucionario integral* (como él demandaba) en su poesía. Revolucionario es quien, al empeñarse en subvertir el orden caduco y falso de los valores, lucha igualmente por la libertad plena —libertad del espíritu, de la palabra, de la existencia (individual y social)—, pero partiendo de sustraerse siempre de todo dogmatismo, toda restricción y toda consigna. Y este poeta chileno ha llevado la liberación del lenguaje, en uno de sus flancos posibles —liberación imaginativa, visionaria, simbólica— hasta límites donde muy pocos han podido seguirle (sin por ello tener que sumarse a la abundante legión de homicidas y destructores de la palabra, hacia la cual él, por el contrario, profesa una profunda devoción y fe). La América hispana va siendo una triste tierra asediada, se diría que fatal y tenazmente, y desde flancos de muy opuesto signo político, por tantas formas, toscas y sutiles, de represión y coerción sobre el espíritu y la dignidad del hombre —represión y coerción que, al obrar sobre el lenguaje, resultan en inercia, rutina y esclerosis; cuando no en vana palabrería, ese mal tan hispano—. Y sobre este fondo, turbio y doloroso, Díaz Casanueva ha cumplido, en su palabra pero también en su conducta, ese otro imperativo de deber que, por necesaria reacción, se nos presenta de igual modo como raigal e indefectiblemente americano: el deber de defender y practicar la libertad, dentro de las posibilidades de cada quien. En su caso, como artista, apurando extremadamente la libertad de la palabra y de la visión poética y como hombre público, negando siempre su nombre y su voz a los rostros de la opresión que, históricamente y personalmente, haya tenido que enfrentar. A esta doble causa —que es la misma— ha dedicado toda su vida, sellada así por la más rigurosa autenticidad moral tanto como por la entrega, sin quiebras ni vacilaciones, a su vocación poética, que en él tiene todas las marcas, luminosas y sombrías a la vez, de una pasión secreta.— JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ (215 W 90th. St. Apt. 4-6. NEW YORK NY 10024. Estados Unidos).